

Uno espera tener entre manos una buena historia, que conmueva e inquiete, y que se supone sobresale de las demás —pues por eso debió haber sido publicada—. Y no es cuestión de gusto. El gusto es asunto diferente de la calidad. Uno puede leer algo que le guste a uno o no, pero reconocer la calidad de las cosas no es mérito del gusto, que sí de un conocimiento y la destreza en un oficio.

Un lugar para ti de Luisa Noguera Arrieta no logra, pues, a mi parecer, concretarse en un buen relato y termina siendo un poco más que una suma de aventuras que podemos anticipar en su mayoría. No le basta su mensaje de solidaridad, tolerancia y amor ni sus enseñanzas a propósito de la compañía y la convivencia con las mascotas y animales, que casi siempre están tan cerca de nuestros mundos y del de los niños. La historia no conmueve en sí y tampoco sorprende, aunque está bien decir que algo de moraleja tiene, porque sé que hay lectores que buscan ese tipo de contenidos, con mayor énfasis en la literatura infantil.

SANTIAGO TOBÓN

Por qué León de Greiff era así

Obra dispersa

León de Greiff

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 790 págs.

Esta reseña se refiere al volumen IV y último de las *Obras completas* de León de Greiff, editado por la Universidad de Antioquia en febrero del 2000, con la asesoría de Hjalmar de Greiff, quien en la última página explica que aún quedaría faltando otro tomo para unas futuras obras completas (que hasta la fecha se intentaron en uno, dos, tres y cuatro volúmenes). La edición en tres tomos ha sido ampliamente comentada.

Pocos autores resisten la publicación de sus obras completas. León no fue un ejemplo de autocrítica, porque vivía en su leonera, “soberbio y desdeñoso” como Barba-Jacob, y la literatura para él era un divertimento, “manipulación verbal” que dice Octavio Paz.

La forma pierde prestigio a medida que se empobrece hasta la indigencia el español en Colombia. La lectura como apreciación estética desaparece, y los poetas se hacen fotografiar con un pie encima de la dorada melena del león.

que él no escribió para ellos. Lo cual es verdad.

Lo confirma la revista *Semana*, al elegir en 1999 a Aurelio Arturo como el poeta del siglo en Colombia. No corresponde a esta reseña discutir ese fallo. Pero si los treinta y tres poemas de Aurelio Arturo valen más que todo De Greiff, o todo Álvaro Mutis, se deduce que el siglo pasado fue extremadamente pobre en poesía. Sobre todo cuando resulta forzoso admitir las razones para desconocer a De Greiff, o a Mutis. En Colombia no es el pueblo



El concepto de belleza se degradó en el siglo XX. Comenzando el XXI, bello es lo monstruoso. Las generaciones colombianas que admiraron a León de Greiff fueron las últimas que sabían español y tenían nexos con la cultura europea. En la cultura del dólar sus exquisitas y lujosas palabras no valen un céntimo. Tanto es así, que los nuevos poetas se niegan a leerlo. El argumento es

el que selecciona a sus poetas, sino la crítica bogotana la que impone su dictamen, aunque Aurelio Arturo sea en realidad desconocido, un poeta de tono menor escogido por compromisarios con el deber de sortear un problema de crítica literaria desde el punto de vista periodístico.

Giovanni Quessep debe estar avergonzado de aparecer en ese escrutinio muy por encima de Luis

Carlos López, por ejemplo, pues un poeta como él reconoce su categoría sin humildad y sin arrogancia. En el ensayo, otro ejemplo, resulta incomprensible que se haya ignorado totalmente a Otto Morales Benítez. Por último, para no alargar la digresión, afirmar que *Los poemas de la ofensa* son tango y bolero es lo más absurdo que se puede decir de ese libro. Implica confundir a X-504 con Mario Rivero, cuyos tangos, boleros y baladas caracterizan su obra, a gusto propio y de sus amigos y lectores.

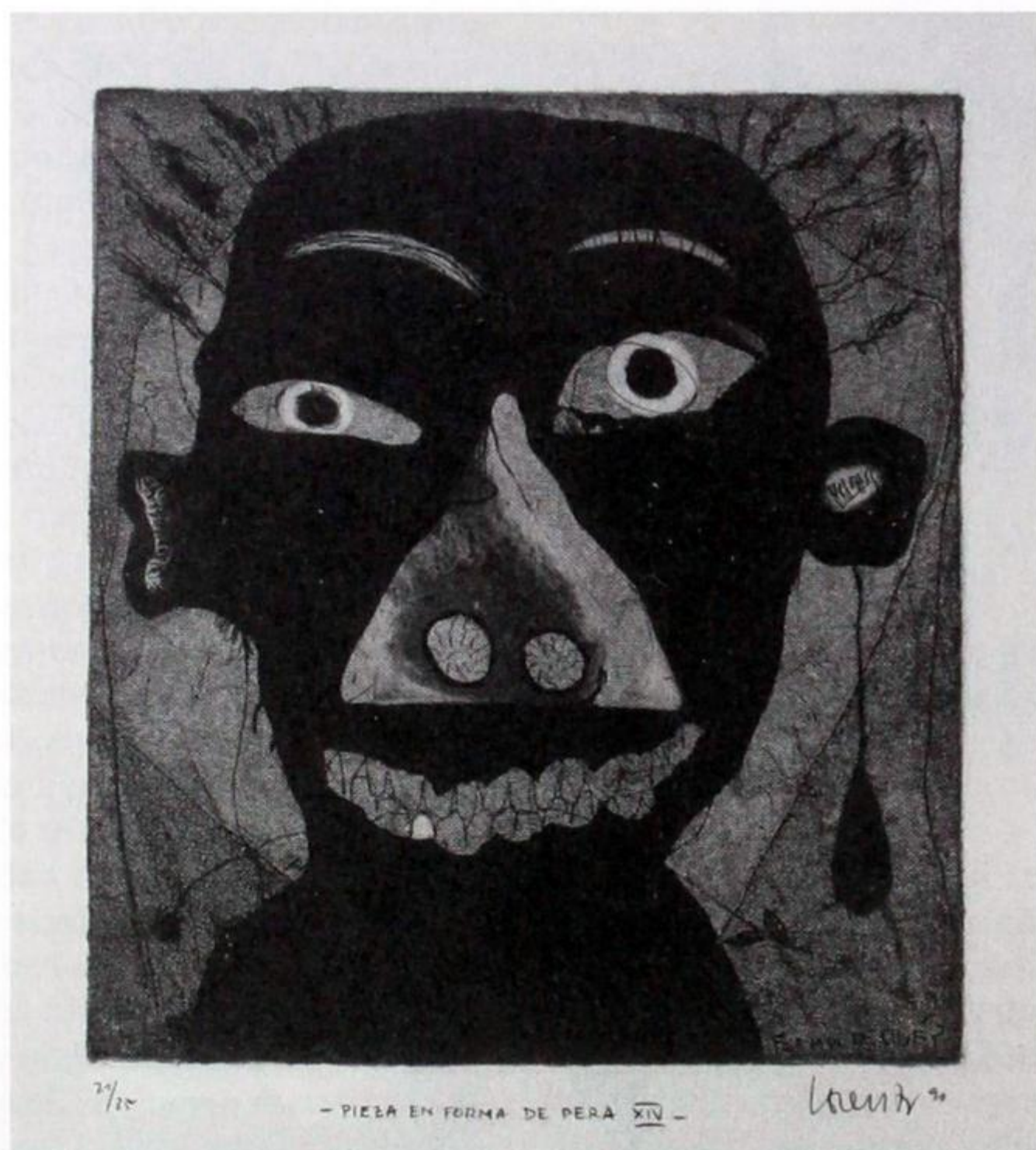
re. Si en Colombia aparece un gran escritor, ¡ése tiene que ser extranjero! O lo desterramos.

Por supuesto que, en cuanto a no tener suerte con los editores, pocos la tienen, y el menos indicado era León de Greiff, por la complejidad de sus originales. El libro que se comenta, hecho con la mejor voluntad, no carece de errores, es decir, tiene muchos, de poca monta, que el lector detecta. En parte ocasionados por el inadecuado tipo de letra que se utilizó, letra escogida con el evidente propósito de

giasen a ellos, no quemaron incienso ante los fetiches de las ridículas pagodas literarias. Fueron honrados. Fueron íntegros”.

La manía clasificatoria ha situado indistintamente a León de Greiff en diferentes escuelas: romántico, modernista, simbolista, vanguardista, ególatra, disparatado, incoherente, y otras cosas así. Vanguardista no lo es, porque las vanguardias constituyen grupos, y León no deja escuela. Su único grupo son sus adláteres o álgos, todos nombres de él mismo, que en el *Correo de Estocolmo* repite, repite y repite. Un siglo de vanguardias literarias no dejó nada que sirva. Desconcierto, desorientación, desorden, anarquía, tontería. Surrealismo, automatismo, retórica vacía. Todo eso ha existido siempre, porque Dios es el primer surrealista, el universo es surrealista, la mente humana es surrealista. Nada más viejo que lo nuevo, que es lo viejo falsificado. En León de Greiff la forma es más importante que el contenido. Sus páginas están dirigidas al selecto grupo de sus otros yoes. De pronto se encuentra algo carnudo pero envenenado, lanzado a la gallinazada. La crítica de León a los poetas y la poesía de su tiempo fue general y total. Acre, acerba, burlesca. No se salva nadie. Sólo él. La mofa que de su propio estilo hacía, era en realidad befa de sus estólidos lectores, a quienes consideraba a distancias siderales de su ingenio, y zahería a menudo con divertida crueldad. Pero sucede que nadie regresa a una casa en donde cada vez lo reciben con aumentados insultos. Por eso los lectores no vuelven a los libros de León de Greiff. Tan pronto llegas, te gritan desde adentro: ¡Estúpido!

Por respetado y temido que fuera, León también cae en las garras de las hienas críticas, en esa comarca de predadores que es la literatura. Para Juan Luis Panero, el maestro aparece “rezagado en todo”, y “no tenía oído para nada”. A Darío Ruiz Gómez, el *Relato de Sergio Stepansky* le parece “romanticón, de mal gusto, y con una filosofía de marido varado”. Para Carlos García Prada, “ni ha ganado el favor del



En el prólogo del libro *Valoración múltiple sobre León de Greiff* (Universidad Central, 1995), el prologuista Arturo Alape señala “el aislamiento cultural a que fue sometido De Greiff y su obra”. En el mismo libro Daniel Samper Pizano (pág. 23), comenta que “ni tuvo suerte en vida con los editores, ni se le ha reconocido por lo que vale”. Otros de los ensayistas allí reunidos pretenden negarle su nacionalidad con argumentos genealógicos, procedimiento también aplicado en el caso de Domínguez Camargo. La mediocridad desestima lo que no comprende. No tolera nada que la supe-

economizar tinta, y que no favorece la corrección de pruebas.

Con el disfraz de nombres honrosos, todo son mafias, sin excepción: las de los gremios —todos los gremios—, los políticos, las iglesias, los escritores, artistas, etc. Como León de Greiff no perteneció a ninguna mafia de mutuo elogio, mutua complicidad o mutuo agravio, quedó fuera de lugar en el rencoroso mundillo de la poesía colombiana. De él puede decirse lo mismo que de los principales escritores portugueses: “No pertenecieron a cenáculos, no elogiaron a nadie para que los elo-

público, ni ha convencido a la crítica que desdeña". Crítica que opera a punta de adjetivos, y suele ser dogmática como recurso de credibilidad.

sayos, fragmentos, repeticiones y variaciones, porque tenía el vicio de versificar sin ton ni son. Además, poemas y sonetos incompletos y



Lo cierto es que desde *Nova et vetera* (Tercer Mundo 1973), ya empezaba la decadencia, el acopio de sobrantes. Después de haber dicho lo que tenía que decir, empieza la repetidora y juega a ser León de Greiff. Entra entonces en el panteón de los ídolos que se nos caen, a medida que conocemos otros, o cambian los tiempos. El siglo despide a León de Greiff colocándolo por debajo de Aurelio Arturo, la posición más incómoda que soñar pudiera en la más atea de sus pesadillas.

Materia principal del cuarto tomo es el *Correo de Estocolmo* (367 páginas), bocado para dinosaurios, acompañado de apuntes, acotaciones, esbozos, ejercicios, divertimentos, papeluchos, estrofas sueltas, comienzos, finales sin comienzo, medios versos, partes, intentos, en-

cuanto encontraron por allí: fragmentos de otros poemas, fragmentos excluidos, perdidos, extraviados, fragmentos de fragmentos, etc. Publicar presuntos sonetos inconclusos, ¡qué ocurrencia! ¿Para qué publicar medio soneto? Todo lo cual demuestra que es fácil matar un león muerto y ocultarlo en sus despojos.

Escribir es hablar al lector, y el lenguaje de León no resulta comprensible a los poetas de hoy, ni acá ni en España. Es necesario conceder eso. La única edición española es una antología de "Visor", clasificada como poeta "raro".

Si León de Greiff hubiese compuesto el diccionario que se necesita para leerlo, se hubiera "tapado de plata", pues todo el mundo habría comprado ese libro para no tener que leer las obras del poeta.

El carácter ambiguo de la poesía, sometida a interpretación, dificulta su lectura. Ni los poetas se comprenden entre ellos mismos. León de Greiff, por ejemplo, no comprende la claridad de Walt Whitman, puesto que lo rebaja a una mínima escala. Como no es raro que tampoco se comprenda a León de Greiff. Continuamente aparecen nuevas interpretaciones de las parábolas de Jesús, de acuerdo con los intereses del hermeneuta. Entre los contradictorios ensayos compilados en el libro *Valoración múltiple sobre León de Greiff*, sobresalen los de Germán Arciniegas, Rafael Maya, Jorge Zalamea y Fernando Charry Lara. No se contradicen. Se complementan. Por la importancia de sus autores son conceptos respetables, que sustentan un prestigio, respaldan un nombre, defienden una estética. El posmodernismo no sólo derribó muros. Nos tumbó la casa. Y ahora, querido maestro, quedamos en la inopia, como usted lo dijo. Creer en algo era bueno. Daba un sentido a la vida. Aunque usted en nada creía, hizo que muchos creyéramos en usted, es decir, en lo que representaba. Y ahora ni eso. Estamos "tomados", como de pronto decía el doctor Eduardo Santos, con su parla boyacense no olvidada. Menos mal que su espíritu burlón todavía anda por ahí desordenando cosas, pues su verdadero oficio en vida fue el de tomapelista.

JAIME
JARAMILLO ESCOBAR

Ángel que se las trae

Las esquinas del viento. Antología
Héctor Rojas Herazo (selección y
prólogo de Juan Manuel Roca y Felipe
Agudelo)
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2001, 155 págs.

Este libro es una antología de los poemas de Héctor Rojas Herazo, con un paréntesis que va de 1961 a